

Año 1948

23 enero

5 ABE



AGENDA 1948

HA muerto, naturalmente, con el año, la Agenda que cuadrículó mis días en su transcurso. Ahora, fiel a un ritual que practico siempre en las jornadas iniciales del que nace, traslado lo que de ella no es ya inerte reliquia, sino aun palpitante vida, a esta nueva de 1948, con sus páginas en blanco, su anodino calendario y las mismas clásicas *Informaciones útiles* de la anterior, nunca utilizadas. Como un filatelista que estrenara álbum, llevo, de la que caducó ya, a la que va a regir, los nombres de los amigos, sus señas, los números de los teléfonos y en ~~cuando~~ enero con el compromiso del primer almuerzo. En esa mudanza, hay siempre nombres que se caen, que se quedan en el vano de las dos Agendas, y que no valen ya. Pienso en que cualquier contingente motivo les procuró un hueco en los canchales del abecedario, y que allí, el azar o la efímera conveniencia, los instaló por un tiempo. Provenían algunos de 1946 y acaso de antes. Otros surgieron enredados al Zodíaco de 1947. El caso es que se han marchitado y que no sirven. Entonces, para aligerar la Agenda de 1948, se les abandona. El equipaje, ingrátido, del año recién llegado rechaza, por embarazosas, ciertas cargas superfluas y, así, nombres y señas de transitoria vigencia, quedan para siempre clivados en las páginas de la Agenda envejecida. Hay en ella, por tanto, sus tumbas. Unas, reales: algún nombre querido lleva su cruz marginal. Otras, imaginarias. Al repasar sus días, advertimos, del mismo modo, nombres que no sabemos ni a quién corresponden, ni por qué fueron apuntados: se les deja pudrirse igualmente en la sombra. Esa viene a ser, también, una forma de morir. Tengo aprendido que toda prudencia es poca, sin embargo, para la aceptación de nombres nuevos. Hay que ser cautos. Porque he presenciado, con frecuencia, cómo el nombre apuntado frívolamente un día, en la más descuidada de sus páginas, se ensanchaba de tal forma, que difuminaba, poco a poco, los que le salían al paso, y cómo trababa lucha impetuosamente con los antiguos, hasta desalojarlos de sus posiciones. Tras su triunfo, el nombre aquél reinaba muchos meses y en ocasiones muchas Agendas. Hasta su ocaso.

Yo amo las Agendas porque llevan dibujada, en tinta que yo sólo conozco, mi diagrama sentimental. Las amo, sí, porque son mi más cómoda nemotecnia y por el auxilio que brindan a la puntualidad de mis programas habituales, pero principalmente las amo porque, cuando las tengo conmigo, me parece que apreso en ellas la única fracción del mundo que de verdad me importa. Entonces pienso que cuanto queda de hecho o de derecho a su margen me resbala. Bien está—suele decirme—la generosa y difusa simpatía humana para los que nos circundan; la solidaridad con los ajenos dolores o alegrías... Pero el corazón tiene un fuero muy estricto y es un jardín murado, de difícil acceso.

Al ver el listín de los dos millones de teléfonos de Manhattan y darme cuenta de la infinitesimal parte de ellos en los que mi voz podía despertar un eco solícito, me estremecía siempre. En éste, de Madrid, la proporción varía, claro está, pero lo que me procura confianza y fuerza para pisar la calle es saber que un extracto de sus

guarismos inacabables van ordenado en los repliegues de mi alma y en los anaqueles de mi Agenda. En cuanto ellos representan, por razón de amistad o de amor, descanso. Y si esta Agenda, con el correr del tiempo, se me quedara vacía una noche, la tierra entera habría de parecerme, entonces, deshabitada.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO



adorno